

con enfado qué estaba yo haciendo. Supe después que el tal era el "amo" del pueblo y que había ordenado á sus "constituyentes" que me arrojasen á palos. El sacerdote me dijo que no creía que llegasen á cometer ningún acto de violencia, pero me manifestó que cuando los indios se amotinaban no atendían á razones y podían ser peligrosos. No dejé de sentir inquietud por mis negativas y libros de notas en caso de que asaltasen mi habitación hallándome dormido, y si le hubieran prendido fuego de noche, habría ardido con rapidez la cabaña de zacate bastante seco y perdídose irremisiblemente los resultados de mis labores en los dos últimos años. En cuanto á mí, ofrecióme generosamente el sacerdote un asilo en el curato, si algo me acontecía durante la noche; pero ni esa ni las dos siguientes que pasé allí ocurrió el más ligero disturbio.

Como seis semanas antes, hallándome en Paracho, había oído hablar de una misteriosa culebra de piedra que por primera vez había descubierto en la cumbre de una montaña próxima á Cuitzeo (*quitz*, tecomate) un indio cuyo caballo se asustó á la vista del monstruo. La describían con figura de serpiente, pico de pájaro y cola levantada como de alacrán, asegurando que á veces tomaba el aspecto de cerdo y que se trasformaba también en bola ó en tambor. Era de color azul y muy pringada, á manera de chaqueta mexicana. Envié á Ángel y á otro indio de mi confianza á que la buscaran, pero volvieron con las manos vacías porque la gente de Cuitzeo temía que sucediera alguna desgracia si se removía al monstruo de su lugar, como que cayeran granizadas, que no lloviera el otro año ú otra calamidad por el estilo. Ni el Jefe de la policía ni las personas principales quisieron asumir la terrible responsabilidad: el asunto concernía á la comunidad entera y se necesitaba convocar esa noche á todos los habitantes para que se reuniesen á resolver si debería yo tomar la culebra, y en caso de ser así, á qué precio podría concedérseme la autorización. Á la

siguiente mañana se me comunicaría el resultado de las deliberaciones.

Para festinar las cosas, despaché á mi indio de Nauhatzen antes de amanecer, dándole instrucciones de llevarme "el animal" si me lo concedían, á efecto de continuar mi viaje en el día mismo. Pronto volvió sin la serpiente, pero con la inesperada noticia de que iban á darme *gratis* la culebra. Por supuesto, me hallaba prevenido á contrarrestar cualesquiera malas consecuencias que fueran á atribuírse á la remoción de la piedra, *endulzando* de alguna manera á las autoridades que á tal solución habían llegado. Habían sido tantas, por lo demás, las terríficas historias que me habían contado acerca del monstruo, que no podía esperarme que estuviesen muy relacionadas con él. Sin embargo, sentía curiosidad de conocer la causa de donde procedían tan espeluznantes rumores. Al efecto, envié á Ángel con cinco hombres, provistos de hachas para cortar árboles con que formar el palanquín en que habrían de cargar á la culebra, y con abundantes cuerdas para amarrarla á fin de que ningún deterioro sufriese. Volvieron á la puesta del sol, dando traspiés bajo el peso de un bulto largo y redondo, envuelto en lienzo y costales. Era simplemente una grande y pesada piedra, en forma de exagerada anguila, que debía toda su importancia al ferviente panteísmo de los naturales. Su llegada sólo sirvió para acrecentar la animosidad de los indios, pues en ello veían un perverso designio por mi parte de hacerles daño.

Al día siguiente salí para Uruapan. El camino pasa por el pueblo de Capácuaro (capacuri, "entre dos cerros"), que, en cuanto se refiere á los habitantes, se parece á Cherán. Un mexicano que mostraba hallarse en buenas relaciones con los indios, me ofreció enseñarme unas rurinas próximas al camino, y desde luego lo contraté, creyendo que también podría serme útil como intérprete porque hablaba el tarasco muy bien. Cuando llegamos á un llano, que aunque no

se divisa desde el pueblo, se encuentra cerca, vimos varios hombres que estaban arando. Para no despertar sospechas, el guía consideró prudente decirles lo que andábamos haciendo, pues creía que de lo contrario, correrían al pueblo, tocarían la campana, reunirían á todos los naturales y nos harían pasar un mal rato. El muchacho que había alquilado por tres reales (treinta y siete centavos) para que me llevara las cajas de la cámara fotográfica y me enseñara la mejor senda para subir á donde estaban las ruinas, se atemorizó al llegar á la cima del cerro, diciendo que tenía miedo de que lo viese su padre y se echó á correr abandonándome.

Para mayor disgusto mío, las ruinas no eran sino las cuatro paredes de una capilla próximas á algo que parecía antiguo cementerio; mas ya que me había tomado la molestia de subir, las fotografié así como al majestuoso pico de Cuitzeo que se erguía frente á nosotros á una gran altura. El sitio era hermoso. Nos rodeaban espléndidos pinares que casi cubrían el costado de la montaña; sólo en torno de la cima el viento y la tempestad habían estrujado ó retorcido á algunos veteranos de la selva esparcidos aquí y allá. Pasada apenas media hora, emprendí rápidamente el descenso á fin de no perder tiempo para llegar á Uruapan por la noche.

Precisamente cuando salíamos del bosque y entrábamos en el llano, vimos una docena de indios que venían del pueblo hacia nosotros. Los dos que los capitaneaban estaban armados de escopetas, y los otros de machetes y piedras. “¿Qué andan haciendo aquí?” nos preguntaron con imperio. “¿Quién les ha dado licencia de venir acá?”

Díjeles que no había ley que prohibiera la fotografía y que no veía ningún mal en practicarla. Calmáronse un tanto, pero insistieron en que debía haber pedido permiso. “Así lo hubiera hecho,” les contesté, “si hubiera tenido tiempo, pero ahora estoy dispuesto á acompañar á ustedes y darles las explicaciones que gusten.” “El mal está hecho,”

repusieron ellos, “y quien sabe si volverá usted á adueñarse de nuestras tierras!”

Les aseguré que no abrigaba tales intenciones y juntos nos encaminamos hacia la mula que cargaba la cámara y que se había quedado cerca. La cólera de los hombres subió de punto cuando vieron al muchacho que me había enseñado el camino.

Los jefes levantaron el gatillo de sus escopetas, pusieron cápsulas y le apuntaron muy de cerca á la cara, reprendiéndolo muy severamente, mientras él hablaba en su defensa con vigor y energía. El intérprete se puso pálido. “Conozco á esta gente,” me dijo; “son unos demonios, y yo me voy.” “¿No es mejor que se quede V. y me ayude á explicar las cosas?” le pregunté. “¿No sabe V. que no hablo tarasco, y no les tiene V. miedo á los indios?”

No hubo medios de persuadirlo, em-



El pico de Cuitzeo, visto del este.

peñado como estaba en que se hacía tarde y necesitaba volver á su casa. Al marcharse, le dije: "No deje de avisar al prefecto lo que pasa!" Apenas tuvo valor de recibir el dinero que le debía, y me dejó que yo me las arreglara con la fanática muchedumbre que estaba reuniéndose en el pueblo.

Mientras regresaban los doce emisarios, Ángel y yo cargamos la cámara en la mula y nos reunimos con los otros dos indios que nos acompañaban y que cuidaban las demás mulas un poco más lejos. "Sea lo que sea," dijo riéndose Ángel, cuyo animoso corazón nunca desfallecía, "ellos no tienen más que un tiro cada uno." Evidentemente confiaba en mi rifle moderno y en mi revólver. En cuanto á él, sólo llevaba de camino un cuchillo pequeño, pues consideraba que los grandes no sirven sino para "los grandes bailes," donde se acostumbra pelear. Mis otros sirvientes iban también desarmados, aunque á uno de ellos le había encomendado una pistola por el respeto que infunde todo individuo que la lleva cargando; pero como no sabía manejarla, juzgué más seguro quitársela.

Púsose nuestra expedición en movimiento, y al cabo de un cuarto de hora llegamos á un matorral donde se estrechaba el camino. Encontramos allí como treinta indios que me aguardaban, sentados con aspecto sombrío en ambos lados del sendero. Ninguno levantó la cara mientras pasaron entre ellos las mulas. Ordené á mis hombres que me esperasen un poco más lejos, y pregunté por el jefe. Entonces se puso en pie con callada dignidad un indio de cara inteligente y muy simpática. Me saqué de la bolsa la carta del Presidente Díaz y otra del Gobernador del Estado de Michoacán, y pregunté al taciturno oficial si sabía leer. Con sorpresa mía, me dijo que sí, tomó los documentos y los leyó con lentitud en voz alta. Cuando hubo concluído, dirigí á la asamblea, en español, las siguientes palabras:

"Me alegro de ver que saben ustedes defenderse tan bien contra los blancos; pero tratándose de mí, están equivocados. Sin duda no me quieren porque los de Cherán les han dicho que mato y me como á la gente. Eso es mentira! Yo soy amigo de los indios, y por eso vengo desde una tierra que está muy lejos, para ver como son ustedes. He andado cerca de cinco años entre naturales como ustedes, y ninguno me ha hecho nada ¿por qué ustedes me habían de hacer? Sépanlo: tienen muchos amigos en México y en las tierras del otro lado del mar, y todos quieren saber cómo son ustedes y conocer sus costumbres y su historia. Por esto he tomado retratos de la gente y de los campos. Algunos de ustedes creen que ando buscando tesoros, pero yo no busco dinero ni plata. Tengo mucho que comer en mi casa y no necesito venirme aquí á comer tortillas y frijoles."

Tuvieron los indios un ligero conciliábulo, y pronto estuvieron conformes. Aun me invitaron á detenerme en el pueblo porque se estaba haciendo tarde, pero cuando llegamos, las mujeres no consintieron en esto, y no tuvimos otro recurso que proveernos de ocote resinoso y proseguir nuestro viaje alumbrandonos con antorchas entre las tinieblas de la noche.

Así concluyó mi último día entre los tarascos de la Sierra. Habiendo permanecido tanto alejado de la civilización y como el tiempo iba agotándose, intentaba recorrer esta tribu lo más prestamente posible, esforzándome en ganarme su confianza antes de que propiamente me conocieran. El resultado fue que durante los cuatro meses que entre ellos estuve, me vi precisado á vencer el antagonismo, no sólo de toda la tribu, en su conjunto, sino de cada distrito y aun de cada villorrio. Sin paciencia ni tacto jamás conseguiré nada de la gente primitiva el etnologista. Estoy seguro de que si hubiera dispuesto de seis meses más, por ejemplo, á todos los hubiera conquistado y hecho mis amigos. El mismo jefe, posteriormente, se tomó dos veces la molestia de ir á visitarme en Uruapan, llevándome á vender anti-

güedades. Tanto se ha engañado á los indios, que no es de sorprender que tribus valerosas como la de los tarascos defiendan con todo su poder el último pedazo de tierra que les queda. Aun en el caso de que me hubieran matado, nadie podría censurarles el proceder como durante siglos se ha obrado con ellos.

CÁPÍTULO XXVI

URUAPAN, "EL PARAÍSO DE MICHOACÁN"—HERMOSAS LACAS TARASCAS
—RUMBO Á PÁTZCUARO—EL LAGO—UN ARMA ARROJADIZA—
TZINTZUNTZAN, LA ANTIGUA CAPITAL—LAS CINCO YÁCATAS—
ANTIGÜEDADES.

LEGAMOS á las diez de la noche á Uruapan, donde quedé no poco sorprendido de encontrar las calles con alumbrado eléctrico. Grande era, pues, el contraste entre aquel lugar y el dominio de los salvajes montañeses por donde acababa de atravesar, y aun mayor me pareció la diferencia al día siguiente, al dar una vuelta por la ciudad.

Uruapan es corrupción española de Uruapan, "donde las flores están abiertas," es decir, donde reina una constante primavera. La voz general designa á Uruapan como "el Paraíso de Michoacán," nombre que mucho merece por lo encantador del paraje, no menos que por lo agradable de la gente y lo delicioso del clima. La temperatura es suavemente cálida durante el día, y por la noche sopla una fresca brisa barriendo cuantos microbios pudiera haber. Cerca de la ciudad existe un magnífico manantial de donde nace un río cuyas cristalinas aguas acrecen la variedad de la belleza singularmente pintoresca del paisaje. Utilízase el agua para regar las huertas de plátanos y cafetos, y el café que allí se da, goza fama de ser el mejor de México. En la parte baja de la Tierra Caliente se cultiva el arroz. El río proporciona también la fuerza motriz para la planta eléctrica, y la ciudad se enorgullece también con dos fábricas de hilados y una tabaquería.

Uruapan puede llamarse la capital de la Tierra Caliente